

Colección vítrea del Museo de Antofagasta: una historia traslúcida

Calaghan Cortés Sierralta*

RESUMEN: El objetivo de esta investigación consiste en caracterizar parte de los materiales sin contexto arqueológico que conforman la colección vítrea del Museo Regional de Antofagasta. Además de estimar su lugar de origen y datación, por medio de un análisis funcional e histórico de las piezas se busca determinar costumbres de consumo y prácticas cotidianas durante finales del siglo XIX y mediados del siglo XX en la Región de Antofagasta. De esta forma se espera contribuir al rescate de la identidad pampina, que sigue viva en los relatos de sus habitantes y en los materiales arqueológicos que aún perduran.

PALABRAS CLAVE: arqueología histórica, envases de vidrio, Antofagasta, pampa salitrera

Abstract: The objective of this research is to characterize part of the materials without archaeological context that make up the glass collection of the Antofagasta Regional Museum. In addition to estimating their place of origin and dating, it seeks to determine consumption habits and daily practices during the late nineteenth and mid-twentieth centuries in the Antofagasta Region through a functional and historical analysis of the pieces. In this way it is hoped to contribute to the rescue of the pampino identity, which is still alive in the stories of its inhabitants and in the archaeological materials that still remain.

KEYWORDS: historical archaeology, glass bottles, Antofagasta, saltpeter pampa

* Arqueóloga de la Universidad SEK. Se ha especializado en el estudio arqueológico de vidrio histórico. Entre sus trabajos, destaca su proyecto de título (2017) referente a esta materialidad, además de diversos análisis de material vítreo recuperados de excavaciones arqueológicas.

Introducción

Dentro de la literatura histórica existe una gran variedad de libros y artículos sobre la vida en las salitreras en la Región de Antofagasta (Garcés, 1999; Gómez *et al.*, 2010; González, 2003). En el ámbito de la arqueología, el interés por esta temática y por los restos materiales que dejaron las personas que allí habitaron (Alcaide, 1983; Reess, 2010; Vilches *et al.*, 2008, 2012, 2013) ha tenido un aumento, impulsado por los estudios de impacto ambiental. Estos han permitido descubrir nuevos sitios y temas susceptibles de ser investigados, y prestar atención a materiales de análisis (metal, vidrio, lozas, ladrillos, entre otros) (Brauner, 2000) distintos de aquellos recuperados de sitios prehispánicos.

La colección que el presente trabajo se propone caracterizar está conformada, precisamente, por 85 piezas vítreas depositadas en el Museo Regional de Antofagasta. Si bien no se conoce con certeza el lugar donde fueron encontradas, pues fueron adquiridas por donación o compra, se presume que provendrían principalmente de las salitreras y otros sectores urbanos de la región. No contamos, sin embargo, con antecedentes de excavaciones arqueológicas en estas zonas que nos ayuden a caracterizar y comparar los objetos en cuestión.

En Chile, los estudios arqueológicos enfocados en materiales vítreos son escasos (Cortés, 2017; Henríquez, Reyes, Popovic y Álamos, 2013; Henríquez, Prado, Lazzari, Álamos y Reyes, 2015), y mucha de la información obtenida en sectores urbanos o lugares de carácter histórico procede de la arqueología de impacto ambiental, campo que ha experimentado un gran crecimiento dado el auge de proyectos inmobiliarios, mineros y de obras públicas. En el contexto sudamericano, Argentina ha tenido un desarrollo paulatino y constante de trabajos asociados a la urbe y al estudio de variados materiales históricos (Schávelzon, 2004; Vicenti, 2007). Entre ellos se destacan publicaciones como las de Bagaloni y Pedrotta (2010), Sironi (2009, 2017), Schávelzon (1998, *et al.*, 2014) y Traba (2012-2013), por mencionar algunos.

Este trabajo se basa en la premisa de que, al igual que otros materiales arqueohistóricos, los objetos vítreos permiten aproximarse a los aspectos tecnológicos, cronológicos, sociales y económicos de los grupos humanos que los utilizaron (García, 2005). En referencia a ello, González (2006) afirma que, «sin duda, la huella más palpable dejada en el desierto por la sociedad del nitrato son los cementerios y los basurales. Los arqueólogos revisarán esas huellas para descifrar la clave que buscamos para conocer mejor a los pampinos» (p. 17).

El análisis de las características formales del vidrio proporciona información útil para conocer las prácticas y modos de vida que diferenciaron a la sociedad moderna de aquellas que se habían desarrollado hasta el siglo XV. A partir de entonces, el capitalismo se impuso como sistema económico global, incentivando el desarrollo de nuevas fuerzas productivas y nuevas relaciones sociales de producción. A la vez, surgieron instituciones económicas, tecnológicas, sociales e intelectuales, lo que dio origen a una nueva ética de relaciones interpersonales (Sanoja, 1996, citado en Sironi, Chiavazza y García, 2011).

En tal contexto, materiales como los de esta colección pasaron a ser «objetos-mercancías», insertos en un sistema mercantilista que establecía una interacción indirecta entre productores, comerciantes y consumidores. La comercialización de dichas mercancías—que en el momento de su aparición eran consideradas prácticamente un lujo y, por lo mismo, simbolizaban estatus—generaban el deseo de consumo en un sector de la sociedad que no podía tener acceso directo a ellas (Orser, 2000), lo que las dotaba de una importante carga social.

La teoría del sistema-mundo, formulada por Wallerstein (2005) para comprender la llegada de la modernidad—ligada principalmente a un sistema económico capitalista—, puede ayudar a entender este proceso. Por cierto, para la arqueología histórica resulta especialmente interesante, ya que pone de relieve las conexiones de largo alcance entre pueblos muy diferentes—como, por ejemplo, la que subyace al hallazgo de pequeñas cuentas de vidrio venecianas en sitios nativos americanos, prueba de la existencia de un sistema económico compartido entre ambas sociedades (Orser, 2002)—. A juicio de Orser (2002), la propuesta de Wallerstein no solo ayuda, sino que obliga al investigador a considerar un sitio más allá de los procesos locales, situándolo dentro de un escenario global.

Concretamente, esta teoría explica el contexto en el cual los objetos—entre ellos, los artículos de vidrio—se estaban comercializando e integrando en una red global de intercambio, donde además de tener un valor comercial y funcional, formaban parte de la vida diaria de las personas (Wallerstein, 2005). Para aplicar ese enfoque al plano local, es preciso considerar que, si bien América se incorporó al sistema capitalista en expansión a partir del siglo XVI, Latinoamérica adquirió una mayor participación recién en el último cuarto del siglo XIX, cuando la exportación de materias primas comenzó a aumentar (Frank, 1993). Desde entonces, el bienestar económico de países como Chile—un importante productor de materias primas mineras y agrícolas—ha dependido de las potencias que lideran los mercados.

Una historia transparente: ¿qué nos cuenta el material vítreo?

La legislación que regula la adquisición de objetos históricos en Chile¹ no es lo suficientemente clara, y materiales como los que aquí analizamos pueden ser obtenidos con facilidad en ferias libres, provenientes generalmente de saqueos a sitios patrimoniales como las salitreras. Pese a los cuestionamientos hacia estas prácticas, el coleccionismo representa una buena fuente para acceder a piezas históricas que, de no ser por su cuidador, probablemente no se conservarían (Hernández, 1998). De hecho, muchos museos forman sus acervos a partir de colecciones privadas.

Tal es el caso de la colección vítrea del Museo Regional de Antofagasta, que se compone de objetos entregados en comodato por la Universidad del Norte (1984); adquiridos con fondos otorgados por el Fondart (1995); y, en su mayor parte, procedentes de la colección particular de Humberto Villar (1995). Aunque no se sabe con certeza dónde fueron encontrados, la información que contienen los envases (por ejemplo, las etiquetas) y los datos que posee el Museo indican que provendrían principalmente de las salitreras y zonas urbanas de Antofagasta.

En el caso específico de estos objetos, su contexto arqueológico corresponde al lugar donde el coleccionista los guardaba, y no necesariamente al sitio original de descarte, condición que conlleva una pérdida de la información contextual de los elementos patrimoniales (Schiffer, 1990). Con todo, los documentos escritos y los relatos orales pueden arrojar indicios de su contexto sistémico —por ejemplo, dónde fueron fabricados, a qué público apuntaban, qué estilo publicitario utilizaban, entre otros aspectos—. Por lo demás, el buen estado de conservación que la mayoría de los objetos diagnóstico presenta favorece una buena lectura e interpretación de los datos.

En general, se trata de envases que contuvieron algún tipo de líquido, ya sea alimentos, bebestibles o productos de escritorio, limpieza, higiene o estética. La mayor parte de ellos data del siglo XX —un 54,1 % del período 1950-1980, y un 34,1 % de 1900-1940—, mientras que los materiales asociados al siglo XIX alcanzan un 11,8 %, concentrados principalmente a fines de dicho siglo (1870 a 1890) (ver Tabla 1).

¹ Ley N.º 17288 de Monumentos Nacionales y normas relacionadas.

Tabla 1. Asignación cronológica de los materiales de la colección.

ASIGNACIÓN CRONOLÓGICA (DÉCADAS)	%
1800-1840	1,18
1850-1890	10,59
1900-1940	34,12
1950-1960	43,53
1970-1980	10,59

Para determinar la procedencia se consideró el origen del contenido y, en algunos casos, el lugar de fabricación del recipiente de vidrio. En el caso de los productos extranjeros, ambos generalmente coinciden; para los artículos con patentes extranjeras fabricados en Chile, en cambio, los envases pueden haber sido ya importados, ya elaborados en el país.

Según el criterio mencionado, se estableció que un 49,4 % de los objetos es de origen extranjero² y un 31,8 % de origen nacional, en tanto que el porcentaje de envases cuya procedencia no se pudo precisar ascendió a 18,8 % (ver Tabla 2). Los países extranjeros identificados corresponden a Alemania, Argentina, China, Escocia, España, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia, Perú y Suiza. Dentro de ellos, los que mayor frecuencia presentan son Estados Unidos (15,3 %), Inglaterra (11,8 %) y Alemania (5,9 %).

Tabla 2. Origen de los materiales de la colección.

ORIGEN	%
Alemania	5,88
Argentina	2,35
Chile	31,76
China	1,18
Escocia	1,18
España	1,18
Estados Unidos	15,29
Francia	3,53
Inglaterra	11,76
Irlanda	1,18

² En el total de países extranjeros se incluyó la categoría «Extranjeros sin identificar», correspondiente a un 2,4 %.

Italia	1,18
Perú	1,18
Suiza	1,18
Extranjero sin identificar	2,35
Indeterminado	18,82

En la Tabla 3 se muestran las funciones que los diferentes frascos y botellas de la colección cumplieron durante su vida útil. Entre ellas, se cuentan el almacenamiento de **medicamentos** (40 %) para los más diversos fines; de productos de **alimentación** (22,4 %), donde se incluyen frascos de condimentos y botellas de agua y de bebidas carbonatadas y espirituosas; de elementos de **escritorio** (10,6 %), segmento conformado principalmente por botellas de tinta, una botella de limpiador de muebles, un frasco de aromatizador y otro de pegamento líquido; de artículos de **higiene personal y estética** (22,4 %), tales como perfumes, lociones, cremas, geles y colonias; y los recipientes de **laboratorio** (3,5 %).

Tabla 3. Clasificación de los materiales por categoría de uso.

CATEGORÍA DE USO	%
Alimentación	22,35
Escritorio	10,59
Higiene y estética	22,35
Indeterminado	1,18
Laboratorio	3,53
Medicina	40,00

El contexto histórico de la colección vítrea

Como consecuencia de la guerra del Pacífico (1879-1884) y de la anexión de nuevos territorios que esta significó para Chile, la minería, especialmente el salitre, se consolidó como la principal fuente de ingresos para el país. La Primera Guerra Mundial trajo consigo un aumento en la demanda de dicho mineral no metálico, impulsando un incremento en las exportaciones. Sin embargo, finalizado el conflicto, el desarrollo del salitre sintético hizo entrar en crisis la economía local. Muchas salitreras tuvieron que cerrar, y miles de familias se vieron obligadas a emigrar al sur o radicarse en sectores más urbanos.

En estas primeras décadas críticas del siglo XX, el Estado debió adoptar un papel más activo en el desarrollo industrial a fin de contener en parte los vaivenes de la economía internacional que afectaban al país (Vera, 1997; Vos, 1999). Durante este período se distinguen dos momentos de crecimiento económico: uno hacia fuera y otro hacia dentro. El primero lo reconocemos en la incorporación de los ingresos que empezaron a llegar desde el exterior por el auge de la minería, especialmente del salitre, que se transformó en la mayor fuente de ingresos del país. Dicho modelo favoreció la producción nacional en función de las necesidades de los mercados externos. Por el contrario, después de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, tras la Gran Crisis de 1929, Chile inició un proceso de crecimiento hacia dentro. La caída de las importaciones provenientes de países industrializados sirvió de estímulo para la industria manufacturera nacional, que debió aumentar su producción a fin de satisfacer la demanda interna. La adopción de una estrategia de industrialización por sustitución de importaciones, junto con impulsar la producción, disminuyó la dependencia de productos manufacturados en el extranjero (Inapi, 2010). Ello dio origen, además, a un nuevo panorama social y cultural en el país (Carmagnani, 1998; Palma, 1984).

Ahora bien, los esfuerzos por impulsar la industria en Chile venían fraguándose varias décadas antes. Un hito clave dentro de este proceso fue la fundación en 1883 de la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa), luego de que el Gobierno solicitara a la Sociedad Nacional de Agricultura organizar una agrupación de industriales; la idea no tuvo buena acogida en el Congreso, pues se consideraba que cualquier medida de protección podía ser perjudicial. El paso más relevante que se tomó a favor de las industrias nacionales ocurrió en 1897, cuando se aprobó la ley aduanera, que incrementó los impuestos a las importaciones. La iniciativa impactó de manera positiva la actividad de diversas empresas, entre ellas la Fábrica Nacional de Vidrios:

En el año 1902 se estableció en Santiago la Fábrica Nacional de Vidrios, cuyos productos compiten actualmente i con notable ventaja con los productos similares que las grandes Fábricas Europeas introducen en Chile. Esta ventaja se esplica fácilmente si se toma en cuenta la disminución del valor de los productos ocasionada por la enorme diferencia del flete i derechos de aduanas a que están afectos los productos extranjeros, cuya confección, por otra parte, no es superior a la de la Fábrica Nacional... (Fábrica Nacional de Vidrios, 1904, p. 3)

En unos pocos años desde la creación de la Sofofa se habían registrado más de 5000 empresas, la mayoría de tipo artesanal (De Ramón, 1988).

Estas nuevas firmas se concentraban en Valparaíso y Santiago, y un porcentaje considerable pertenecía al rubro de la alimentación –la producción de cerveza, por ejemplo, fue uno de los segmentos que creció con fuerza a fines del siglo XIX–. Otros tipos de industrias que surgieron en esta época fueron las fábricas de envases de vidrio, las farmacias y las droguerías (ver Tabla 4).

Tabla 4. Algunas de las primeras empresas registradas en Chile en los rubros de alimentación, envases de vidrio y farmacéutica, siglos XIX y XX.

Fuente: Elaboración propia de acuerdo con datos de la Sociedad de Fomento Fabril.

NOMBRE	AÑOS	UBICACIÓN	PROPIETARIO
Farmoquímica del Pacífico	1837	Valparaíso	Antonio Puccio (fabricación y comercialización de productos químicos, cosméticos y de tocador)
Fábrica Nacional de Cerveza y Hielo	1850	Valparaíso, calle Chacabuco 236	Joaquín Plagemann
Cervecería Andrés Ebner	1850	Santiago, ribera norte del Mapocho	Valentín Koch (adquirida por Andrés Ebner en 1878)
	1895	Santiago, Cañadilla 145	
Fábrica de Cerveza de Anwandter Hnos.	1851	Valdivia (Isla Teja)	Karl Anwandter
Fábrica de Perfumes	1865	Santiago	G. Goeckel
Fábrica de Cerveza La Estrella	1868	Santiago	Adolfo Pohlmann (adquirida en 1880 por Andrés Ebner)
Fábrica de Cerveza Keller Hnos.	1874	Concepción	Gustavo Keller
Floto y Kleinschmidt	1876	La Serena	Federico Floto
Fábrica de Cognac Tónico	1882	Santiago	Adelina de la Cruz Lopehandía
Gubler & Cousiño	1883	Santiago	Augusto Gubler y Carlos Cousiño
Hoffman y Ribbeck	1891	Limache	Carlos Hoffman y Ribbeck
Manni Mineral Water	1902	Santiago	Sociedad Anónima (Fabricación de <i>ginger ale</i> , <i>soda water</i> , sidras, aloja de culén, agua «Cabezón», Champañito, granadina)

Fábrica Nacional de Vidrios	1902	Santiago	Sres. Cotapos y Negalia (Fabricación de damajuanas, botellas, vasos, tubos, recipientes, frascos, jarros)
Cristalerías de Chile S. A.	1904	Santiago	Sociedad Anónima (Fabricación de envases de vidrio)
Botica y Droguería	1913	Santiago	Nicolás Galasso Colavolpe (Fabricación de los productos Sthenogen, A-Tos, Amargo Indiano y Elixir Fernel)
Cía. de Yodo de Antofagasta	1916	Antofagasta	Sociedad Anónima (Fabricación de yodo mediante el «procedimiento cya»)
Laboratorio Arensburg S. A.	1918	Santiago	Hnos. León e Isidoro (droguería y laboratorio)
Hochstetter y Cía. Ltda.	1935	Santiago	Kurt Hochstetter (farmacia)
Establecimientos Nobis S. A.	1936	Santiago	Weir Scott y Cía. (1927) (farmacia)

Salvo escasas excepciones, como la Compañía de Yodo, antes de 1900 casi no existían empresas manufactureras en Antofagasta, ya que todos los esfuerzos locales estaban enfocados en la industria salitrera. Los productos que llegaban a la ciudad provenían principalmente del extranjero –importaciones que arribaban al puerto de la región– o provenían de Santiago o Valparaíso.

Caracterización de las categorías de uso de la colectión

Alimentación: desde bebidas alcohólicas hasta condimentos

La categoría de «Alimentación» corresponde a un 22,4 % del total de materiales analizados. Incluye botellas de alcohol (licor de menta, coñac, aguardiente, pisco y cerveza), contenedores de agua mineral (sifones), botellas de bebidas carbonatadas (Pepsi-Cola, Naranja, Ginger Ale) y frascos con contenido alimenticio (salsa inglesa, extracto de vainilla y café).

En las salitreras se comercializaban diversas variedades de bebidas alcohólicas, las que se iban vendiendo según la capacidad económica de los compradores, registrándose tanto un consumo conspicuo como proletario (Sánchez, 2013)–. De los abundantes lugares para ir a beber que existían (Orostegui,

1934), las tabernas (o «salones de refrescos») eran el predilecto de muchos trabajadores, entre quienes el alcoholismo fue escalando hasta transformarse en un problema de salud pública, según lo consigna una crónica de la época:

¡Y pensar, señor Intendente, que estos jóvenes se entregan en muchos casos a la bebida, ya que para esto sirven también los clubes, en donde se bebe «por la victoria», de alegría y «por la derrota», de pena! La cuestión es beber una copa. Pretexto no falta. (Orostegui, 1934, p. 7)

A causa de esto, en 1925 se promulgó la Ley N° 550, que prohibió en las provincias de Tarapacá y Antofagasta la instalación y existencia de establecimientos de destilación de alcoholes potables y fábricas de licores y de bebidas con contenido etílico, a excepción de las cervezas (Marín, 1926).

Entre los objetos que conserva el Museo Regional de Antofagasta se cuentan envases de bebidas espirituosas de diferentes épocas: por ejemplo, el licor de menta Pippermint (n.º inv. 5917), registrado en Chile por la marca francesa Get Frères en 1889 (Inapi, 2010); el coñac francés de la marca Camus (n.º inv. 5917) —presumiblemente un producto dirigido a consumidores más selectos dado su costo—, que podría datar de mediados o fines del siglo XX, considerando la tipología de la botella, de producción industrial; y el aguardiente de uva añejo Le Roi S. A. (n.º inv. 5913), de origen peruano, fabricado a mediados del siglo XX. Uno de los productos chilenos corresponde al pisco Rapel (n.º inv. 5756), elaborado a comienzos de siglo XX en Coquimbo, en la destilería de Onofre Juliá Gomila, oriundo de España.

En los albores del siglo XIX, la mayoría de la cerveza que se consumía en el país era importada —ya fuera a granel o embotellada—, generalmente de Inglaterra y, con menor frecuencia, de Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Noruega, Estados Unidos, Australia y Perú (Couyoumdjian, 2004). La colección cuenta, en efecto, con un ejemplar estadounidense: se trata de un botellón de cerveza de fabricación industrial de mediados de siglo XX (n.º inv. 5918), similar al tipo damajuana; es de color ámbar oscuro y presenta la inscripción «One half gallon». Otro de los envases de cerveza registrados corresponde a la marca Tennent's, producida en Escocia por la fábrica Wellpark Brewery fundada en 1740 por los hermanos Hugh y Robert Tennent. Según la información contenida en Surdoc, esta botella (n.º inv. 5618) procede del campamento de la oficina salitrera Filomena, propiedad de la Compañía Salitrera Progreso de Antofagasta, que en 1912 desembarcaba mercancías a través del puerto de Mejillones (<http://www.surdoc.cl/registro/25-5618>). Las características del recipiente coinciden con el tipo de manufactura de las



Figura 1. Botella de cerveza *stout* de la marca Tennent's, producida por la fábrica escocesa Wellpark Brewery. El envase proviene del campamento de la oficina salitrera Filomena. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5618. Fotografía de Juan Pablo Turén.

botellas de principios del siglo XX: por ejemplo, presencia de pequeñas burbujas en el vidrio, irregularidades en la sección de la boca (efecto del modelado artesanal con una pinza) y en la base, y estrías en el cuello (fig. 1). El alto costo de transporte y la llegada de inmigrantes, principalmente alemanes con gran conocimiento sobre la elaboración de esta bebida, abrió las puertas a la producción cervecera local. En 1849 comenzó a operar en Valparaíso la primera fábrica de cerveza, fundada por Joaquín Plagemann, y un año más tarde inició sus actividades la fábrica de Carlos Anwandter en Valdivia (Pereira, 1997; Couyoumdjian, 2004). En 1867 había 46 fábricas de cerveza y licores solo en Santiago, mientras que en 1876 se consignaba un total de 70 fábricas en todo el país —muchas de las cuales embotellaban sus bebidas en envases importados,

que podrían haber venido de Francia, Inglaterra, Alemania, Perú y Bolivia (*Estadística Comercial de la República de Chile*, 1874)—. Además de la producción local, la cantidad de cerveza importada que se comercializó anualmente en el país entre 1865 y 1881 superó algunos años las 80 mil docenas de botellas (Henríquez *et al.*, 2015).

Antes de la creación de la Compañía de Cervecerías Unidas (CCU) en 1902, las marcas independientes abundaban en el país. En Antofagasta, por ejemplo, el empresario polaco Teófilo Reska fundó una fábrica de cerveza por los años 1873 o 1874 (Arce, 1996). También hay antecedentes de la cervecera de los italianos Miguel Agazzi y Ambrosio Chiazzone, así como de otra perteneciente al polaco José Reminsky, contemporánea con la de Reska. No se sumaron más establecimientos hasta 1918, cuando los hermanos Mitrovic mandaron a construir el edificio que albergaría la Fábrica de Cerveza Antofagasta. Iniciadas sus labores en 1922, la producción de variedades como la

famosa malta blanca, malta negra, Erlanger y Pilsener –identificadas por sus emblemáticas etiquetas con la imagen de la fábrica de fondo– consolidó a esta firma como una de las más importantes en el Norte Grande. Finalmente, en 1927, apremiados por la crisis del salitre, los hermanos –como tantos otros empresarios del rubro– vendieron la fábrica a la CCU³, poniendo término así a una época caracterizada por una gran diversidad de productos y fabricantes, cada uno con su propio estilo (http://www.antofagastaturismo.cl/pages_e/pararecordar.php?id=32). Curiosamente, sin embargo, la colección del Museo no comprende ejemplares de marcas nacionales.

Entre 1870 y 1890 hubo más de 90 fábricas de bebidas y cervezas en el país, y para 1922, había más de 170 (Aedo, 2011). Las aguas minerales vivieron su época de gloria con el desarrollo de la industria salitrera, pues los miles de trabajadores que llegaron a instalarse en el desierto fueron un poderoso incentivo para la producción local. Solían atribuírseles propiedades curativas y podían ser consumidas en la mesa, junto con las comidas, o directamente de la botella en cualquier momento del día –incluso mezcladas con bebidas alcohólicas–. Dentro de las aguas más conocidas estaban el agua Panimávida (c. 1886), Chusmiza (1926), Sorrento (1927), Porvenir (1945), Jahuel (1945), Rari y Tanhuao.

Tras la desvalorización del salitre, los empleados abandonaron el desierto, y con ello se cerró la época dorada que tuvo la industria de las aguas y las bebidas gaseosas en Chile (Aedo, 2011). Una de las botellas de la colección corresponde al tipo Hamilton (Henríquez *et al.*, 2013), de color verde agua, labio en forma de burbuja y relieves horizontales que rodean el cuerpo (n.º inv. 5925). En la base presenta la sigla «E B & Co», perteneciente a la fábrica inglesa Edgar Breffit & Co., elaboradora de botellas desde 1844 hasta 1921 (Lockhart *et al.*, s. f.). También se conserva una botella de agua mineral Teplitzer Stadtquelle (n.º inv. 5591), de origen alemán, importada por la Oficina Salitrera Alemania probablemente a finales de 1800. Además de saciar la sed, esta agua prometía curar las dolencias musculares y el reumatismo.

La colección consta asimismo de un sifón de cuerpo globular (n.º inv. 5657), con un enmallado de fibras de metal que le otorga un estilo elegante y la inscripción «Use three fill bottom ball only» alrededor de la cintura (fig. 2). Fue elaborado en Inglaterra por la empresa Sparklets Ltd., que comenzó sus operaciones en 1896 y se considera pionera en la fabricación

³ En la actualidad solo se mantiene en pie parte de la fachada del antiguo edificio de la CCU ubicado en la calle José Ignacio Zenteno de Antofagasta, destruido para la construcción del hipermercado Lider.

de sifones (<http://sifonesantiguos.blogspot.com/2013/06/los-sparklets.html>). En 1900 lanzaron el modelo Sparklogene, al cual corresponde el ejemplar que el Museo tiene en exposición. Fue utilizado en los bares de diferentes clubes sociales de Antofagasta como el Club de la Unión, en bares de grupos políticos y mutualistas, y en diversos locales de entretenimiento cercanos a los puertos nortinos durante el siglo XX. En paralelo, el producto fue promocionado como un contenedor útil para las enfermeras en la atención de pacientes (Nurses Associations, 1908).

Las bebidas azucaradas también ocuparon un lugar importante dentro de la alimentación del Norte Grande. Al principio no eran productos de consumo masivo, pero en los años setenta la publicidad contribuyó a su penetración y fácil acceso. Uno de los productos de fama mundial que se encuentran en la colección fue la bebida Pepsi-Cola, inventada en 1883 por el químico farmacéutico estadounidense Caleb Bradham. Inicialmente conocida como «El refresco de Brad», en 1898 fue denominada con el nombre actual, alusivo a sus características medicinales, digestivas y estimulantes. Producto de la crisis económica de 1929, la fábrica se fue a quiebra, y la marca fue vendida, primero a Roy Megargel y luego a Charles Guth. Fue este último quien, echando mano a una intensa campaña publicitaria, logró el reconocimiento mundial de la bebida, que en los años cuarenta llegó hasta Latinoamérica (De la Cruz 2018) y en los cincuenta —época de la que data el envase que se conserva en el Museo (n.º inv. 5921)— experimentó gran auge. Otra marca de refrescos representada en la colección es Ross Belfast, creada por William Adolphus Ross, uno de los mayores productores del rubro en Irlanda. Este tipo de botella —correspondiente a una bebida de tipo *ginger ale*— se fabricó desde finales del siglo XIX hasta comienzos del XX (<https://sha.org/bottle/soda.htm>); su fondo redondo obligaba a almacenarla en posición horizontal,



Figura 2. Sifón recargable modelo Sparklogene, fabricado en Inglaterra a principios del siglo XX. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5657. Fotografía de Juan Pablo Turén.



Figura 3. Botella de Naranjada, bebida carbonatada elaborada en Vallenar a principios de siglo XX. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5914. Fotografía de Juan Pablo Turén.

característica que mantenía al corcho siempre húmedo, impidiendo así la fuga del gas (Riley, 1946 citado en Henríquez *et al.*, 2013).

La colección también incluye envases de bebidas de origen nacional como la Naranjada (fig. 3), publicitada como «refrescante estomacal» y elaborada en Vallenar a principios de siglo XX por la CCU (según lo indican las letras en relieve en la botella, n.º inv. 5914). Si bien no fue posible hallar muchos antecedentes sobre la historia de este refresco, lo más probable es que Marcos 2º Rodríguez haya sido el productor original de la bebida, y que la marca haya sido comprada posteriormente por la CCU.

Por último, se conservan botellas que contuvieron alimentos: por ejemplo, salsa Worcestershire «Lea & Perrins» –más conocida como «salsa

inglesa»–, creada por John Wheeley Lea y William Henry Perrins en 1837, y a la venta hasta el día de hoy; un frasco de extracto de vainilla producido por la marca nacional Iguazú, también vigente en la actualidad; y un frasco de café de la marca americana Taster's Choice.

Farmacia y medicina

El primer intento de preparar profesionales farmacéuticos en Chile data de 1833, con la creación de una clase de Farmacia en la sección universitaria del Instituto Nacional. Sin embargo, las exigencias para entrar parecen haber sido demasiado altas para el contexto chileno, y el curso terminó cerrando por falta de alumnos. Luego, en 1842, se integró la clase de Farmacia en el programa de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile (Guzmán, 2003).

Uno de los pioneros en constituir una empresa farmacéutica fue el italiano Antonio Puccio, quien llegó a Valparaíso en 1834 e instaló allí su primera botica. La llegada de colonos alemanes marcó el principio del fin de la botica

colonial, desplazando los exóticos preparados de los yerbateros tradicionales y dando paso a una farmacia moderna, parecida a la de nuestros tiempos. Entre otras cosas, estos colonos aportaron profesionalismo, dedicación, organización e higiene a la actividad. En ella sobresalió nuevamente el nombre de Carlos Anwandter, farmacéutico de profesión, quien –en paralelo a su fábrica de cerveza– abrió en 1853 una botica, donde volcó sus conocimientos científicos (Guzmán, 2003, 2008).

A mediados del siglo XIX, Chile comenzó a experimentar una intensa migración del campo hacia la ciudad, fenómeno que trajo consigo un proceso de suburbanización marcado por las precarias condiciones de vida de los trabajadores y sus familias. La situación obligó al Estado a adoptar un conjunto de medidas de salud pública, las cuales se basaron en las ideas del higienismo⁴. Esta corriente fue el paradigma que informó las políticas públicas de la época, llegando a incidir en diversas áreas de la planificación urbana, por ejemplo, la construcción de alcantarillado o de las viviendas (Bassa y Fuster, 2013). Difundido principalmente por los médicos, el discurso higienista penetró también entre los trabajadores, quienes –amparados por estas nuevas ideas– comenzaron a exigir mejores condiciones de habitabilidad y atención médica (Bassa y Fuster, 2013). Tal fue el caso de los empleados de las salitreras a comienzos de 1900, quienes criticaban que los campamentos no cumplieran con los estándares básicos de higiene. Para Macuer (1930), estos establecimientos eran la mejor evidencia de la falta de humanidad de las empresas salitreras, cuya despreocupación por la salud de los trabajadores y sus familias ilustra Oróstegui (1934) en la siguiente cita:

En algunas oficinas no existen boticas particulares y las boticas de los hospitales o dispensarios no venden ni regalan medicinas a los enfermos que no han sido observados por los doctores o practicantes. No podría afirmar si se niega permiso para abrir en ciertas oficinas boticas particulares, pero lo que sí puedo afirmar es que se autoriza la apertura de tabernas continuamente. (p. 14)

Más allá de pequeñas narraciones dispersas en algunos libros sobre Antofagasta, poco se ha estudiado la historia médico-farmacéutica de la región.

⁴ El higienismo apareció a principios del siglo XIX, como una doctrina dirigida a mejorar la salud pública en las ciudades, basada en una concepción de la salud como fenómeno social. Sus ideas fueron difundidas por la élite científica de la época, principalmente médicos. Una de las estrategias que proponía para frenar el avance de las enfermedades epidémicas consistió en la reestructuración del espacio, alejando del núcleo urbano lugares insalubres como mataderos, cementerios y basurales (Durán, 2012; Bassa y Fuster, 2013).

Sabemos, por ejemplo, que en la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a levantarse en Chile una serie de hospitales y recintos de atención médica (Cruz-Coke, 1995), entre los cuales estuvo el Hospital del Salvador, construido en la zona urbana de Antofagasta en 1872. Tras el fin de la guerra del Pacífico, se sumaron nuevos recintos hospitalarios en lugares como Arica, Iquique, Pisagua y Antofagasta (Cruz-Coke, 1995). Además, al Hospital del Salvador de Antofagasta se anexó una nueva sala denominada «Hospital de Sangre», creada exclusivamente para el cuidado de los heridos de guerra (Arce, 1996). Con todo, durante una visita a la región en 1905, el presidente Germán Riesco reprochó las precarias condiciones del establecimiento. Como respuesta a ello, se inició una campaña social y económica liderada por el vicario antofagastino monseñor Luis Silva para la construcción de un nuevo y moderno recinto en la actual intersección de la avenida Argentina y la calle 21 de Mayo (Arce, 1996; Recabarren, 2002).

Del Hospital del Salvador proviene la botella de sal efervescente de la marca Eno (n.º inv. 5947), inventada en 1874 por James Crossley Eno en su farmacia de Newcastle, en Inglaterra (fig. 4). Formulada a base de ácido crómico, bicarbonato de sodio y carbonato de sodio, el medicamento servía



Figura 4. Botella de sal efervescente Eno proveniente del Hospital del Salvador de Antofagasta, décadas de 1930-1940. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5947. Fotografía de Juan Pablo Turén.

principalmente para aliviar dolencias estomacales. En poco tiempo logró convertirse en un producto de fama mundial, lo que le valió ser imitado por otras marcas. Actualmente continúa siendo una de las medicinas patentadas más populares (https://www.gracesguide.co.uk/Enos_Fruit_Salts). El envase que conserva el Museo se sitúa entre las décadas de 1930 y 1940; fue elaborado de manera industrial y presenta un cierre compuesto por una sección de corcho y plástico.

En el siglo XX existieron en Antofagasta varias farmacias, cuya presencia atestiguan la memoria colectiva de los antofagastinos y antiguas fotografías. Según las narraciones del historiador Isaac Arce, la primeras boticas en Antofagasta fueron la de Nicéforo

Aranda, ubicada en la esquina de las calles Prat y Latorre, la Botica Macker y la Droguería de Daube y Cía (antecesora del actual Laboratorio Farmoquímica del Pacífico); si bien no menciona fechas, se estima que corresponden a los primeros treinta años del siglo XX (Arce, 1996). Otros establecimientos que existieron en la ciudad durante la primera mitad del siglo XX fueron la Farmacia Siglic (calle Latorre), Farmacia Luisiher (calle Uribe), Farmacia Rimassa (calle Prat), Farmacia El Indio (calle Prat con Latorre), Farmacia Vásquez (calle Ossa con Uribe), Farmacia Ferraro (esquina de avenida Argentina con Latorre, y con sucursales en Pampa Unión y Caracoles); Farmacia San Pedro (esquina de calles Prat y Latorre); Farmacia Central; Farmacia El León (esquina calle Copiapó y 14 de Febrero), Farmacia La Unión, Farmacia Alcayaga (calle Latorre), Farmacia Cooper (calle Prat 595, entre Condell y Matta) y Farmacia Chile⁵.

Precisamente de la Farmacia Cooper proviene una botella medicinal de color ámbar rojo oscuro (n.º inv. 5939), de manufactura industrial, con gollete terminado en forma de rosca y tapón de corcho (fig. 5). En la etiqueta adherida al cuerpo está escrito el nombre del doctor (ilegible) y su número de teléfono, pero no qué tipo de medicina contuvo. El envase fue producido por Cristalerías Chile, según lo demuestra el logo de las dos letras «C» entrecruzadas en su base, característico de la empresa desde 1929 hasta 1980 (Rojas, 1996).

Otros de los productos medicinales presentes en la colección es una botella de Tricalcine (n.º inv. 5943), suplemento de minerales usado para tratar la tuberculosis, «linfatismo» o anemia registrado en Francia por el



Figura 5. Botella medicinal fabricada por Cristalerías Chile y procedente de la Farmacia Cooper de Antofagasta. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5939. Fotografía de Juan Pablo Turén.

⁵ Los nombres de estas farmacias fueron proporcionados amablemente por los integrantes del grupo «Sabes que eres de Antofagasta si...», de la red social Facebook. Por la naturaleza de la información, pueden existir errores en las direcciones indicadas. Cabe mencionar que no se pudo encontrar información o investigaciones que trataran estas temáticas sobre Antofagasta.

Laboratorio Produits Scientia en 1926 (<http://historiadelmedicamento.com/index.php/es/component/phocagallery/34-huesos/detail/1040-fcr0117b>, consultado en junio de 2019). Se conserva asimismo un envase de Gluconato de Calcio, producto que fue lanzado originalmente en inyecciones por el Laboratorio Gilbert y luego imitado por otros laboratorios, como el Laboratorio Larraze de Concepción, que lo elaboró en comprimidos bajo el nombre «Calcium Larraze» (Asociación Chilena de Química y Farmacia, 1936); era usado como suplemento mineral (fig. 6). Ambas botellas son de color ámbar marrón oscuro y fabricación industrial, poseen cierre de tipo rosca y podrían fecharse a principios del siglo XX. El logo en la base del frasco de Calcium Larraze denota que fue elaborado en Chile por la Fábrica Nacional de Vidrios, que operó bajo ese nombre entre 1902 y 1920, cuando adoptó el de «Cristalerías Chile S. A.». La muestra comprende, por último, una botella de agua oxigenada bajo la marca registrada del Laboratorio Razeto, situado temporalmente a mediados del siglo XX.



Figura 6. Botellas de los suplementos alimenticios Tricalcine (izq.) y Calcium Larraze (der.). Este último era elaborado por el laboratorio Larraze en Concepción, en tanto que el envase fue fabricado por Cristalerías Chile. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5943. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Higiene y estética

La categoría que analizamos a continuación se relaciona estrechamente con la anterior, pues su consumo tomó fuerza con la implementación de políticas públicas sobre salud e higiene. Antes del siglo XVIII en Chile, estos productos eran muy escasos y no existía una preocupación por la imagen personal (Mondría, 1918; Murillo, 1872).

Al hablar de productos cosméticos, a menudo se vienen a la memoria los vistosos anuncios que los promocionaban, con mensajes que tenían como objeto y objetivo principal al género femenino. La publicidad del siglo XX tendía a resaltar los cánones de belleza vigentes, asociados a una mujer esbelta, refinada y de cutis blanco, muy similar a un ideal de mujer europea. El valor

atribuido a un determinado producto muchas veces venía ponderado por la procedencia europea de sus ingredientes o por sus similitudes con productos extranjeros, pero también por su capacidad para arrancar la aprobación del sexo opuesto. Durante esta época, la publicidad reforzó el paradigma de una mujer-madre y mujer-esposa, volcada al cuidado de la familia y de un hombre poco hacendoso.

Muy poco se conoce sobre las mujeres y los aspectos más íntimos de la cotidianidad en las salitreras. Desde luego, los productos de higiene y cosmética se vendían en las boticas y farmacias, y en algunas ocasiones eran de producción propia de cada establecimiento. Cabe preguntarse, sin embargo, ¿en qué otros sitios podrían recuperarse evidencias de este tipo de artículos? Una hipótesis plantea que los prostíbulos podrían haber concentrado elementos

de cuidado personal –perfumes, colonias, cosméticos, tónicos, pasta dental y cosméticos– en mayor cantidad (Kalazich, 2018), material que futuras excavaciones arqueológicas podrían recuperar. La dificultad radica en que se trata de lugares difíciles de detectar, sobre todo en las salitreras, donde estaba prohibido ejercer la prostitución.

Uno de los productos de la colección que tuvo amplia difusión publicitaria fue la brillantina perfumada *Glostora* (n.º inv. 5945), un líquido aceitoso muy usado en los países latinoamericanos para dar brillo al cabello masculino y mantener el peinado (fig. 7). En Chile la fabricó la empresa capitalina *The Sydney Ross Co. & Cía. Ltda.*, con licencia especial de *The R. L. Watkins Co.* (Nueva York). Tal fue la popularidad que alcanzó a mediados del siglo XX, que llegó incluso a inspirar un tango y un programa radial argentino llamado «*Glostora Tango Club*», auspiciado por la marca.



Figura 7. Botella de la brillantina y fijador capilar *Glostora*. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5945. Fotografía de Juan Pablo Turén.

De origen nacional es la colonia Ideal-Quimera (n.º inv. 5935), elaborada por Laboratorio Chile (1896). Aunque se desconoce el año de creación del producto, el tipo de envase del ejemplar depositado en el Museo podría situarse entre las décadas de 1950 y 1960, de acuerdo con anuncios publicados en revistas como las del Teatro Municipal (1952) y *Eva* (1966) (fig. 8). En la actualidad este fijador capilar se sigue vendiendo, pero en envase plástico.



Figura 8. Botella de agua de colonia Ideal Quimera, elaborada por Laboratorio Chile (izq.). El envase podría datar de las décadas de 1950-1960, de acuerdo con las ilustraciones de la publicidad de la época (der.). Museo de Antofagasta, n.º inv. 5935. Fotografía de Juan Pablo Turén.

Producto de renombre mundial con gran acogida en Chile, la loción Honey & Almond Cream de la marca Hinds' (fig. 9) fue creada por Aurelius Stone Hinds en Portland, Estados Unidos, alrededor de 1873. El farmacéutico comenzó a experimentar con distintos ingredientes hasta dar con la fórmula de esta crema de miel y almendra que, a diferencia de otras existentes en la época, tenía mayor durabilidad. Para 1908, el producto se vendía en lugares tan distantes como Hawái, Sudáfrica, Australia, Londres y Sudamérica. La marca tuvo fábricas en países como Inglaterra, Canadá y Alemania (1926), Chile –de donde proviene el envase de la colección– y Argentina-Uruguay (1927), Cuba (1928), Brasil (1929), Australia y España (1931). La maquinaria utilizada en las plantas locales llegaba desde Estados Unidos, y la producción se realizaba bajo la supervisión de un empleado de Lehn & Fink, empresa pro-



Figura 9. Frasco de crema Honey & Almond Cream marca Hinds'. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5932. Fotografía de Juan Pablo Turén.

pietaria de la marca, para preservar el secreto de las fórmulas (<https://www.cosmeticsandskin.com/companies/hinds.php>).

Escritorio y laboratorio

Dada su categoría de puerto exportador de materias primas, en las últimas décadas del siglo XIX Antofagasta experimentó un progreso exponencial, lo que trajo consigo un aumento de las instituciones educativas en la región. González (2006) propone incluso que en Tarapacá y Antofagasta pudo verificarse una alfabetización temprana, asociada, posiblemente, a la eventualidad del plebiscito para dirimir la soberanía de Tacna y Arica tras el fin de la guerra del Pacífico⁶. La presencia de frascos de tinta en la colección testimonia la práctica de

la escritura entre fines del siglo XIX y principios del XX, época en que esta comenzaba a masificarse. Uno de estos frascos, de color violeta (n.º inv. 5937), presenta base redondeada y cuerpo abovedado, alrededor del cual se observa una inscripción ilegible; otros dos (n.º inv. 5937), de la marca Hollidge's –reconocida marca de tintas inglesa creada por Edward Jackson Hollidge– lucen forma de barco. Por último, destaca uno con forma de «circus tent» ('tienda de circo', en español), transparente y con signos de irisación.

Otra pieza perteneciente a la categoría de los artículos de escritorio es una botella de goma líquida para pegar de origen alemán marca Pelikan (n.º inv. 5926), de principios del siglo XX (fig. 10). La firma fue creada en 1838 por Carl Hornemann, dueño de una fábrica de pinturas y tintas en Hannover; no obstante, fue Gunther Wagner, jefe de la planta, quien diseñó el clásico logo del pelícano. Pelikan Gummi fue uno de los nuevos productos que introdujo

⁶ El autor plantea que «era estratégico para el Estado tener a la población chilena de la frontera norte alfabetizada por si era necesario movilizarla como posibles votantes» (González, 2006, p. 149).

la empresa en 1888. La botella que se conserva en el Museo marca el año del centenario de la firma (1938), celebrado por diversas fábricas en el mundo, incluida la de Santiago de Chile (https://www.pelikan.com/pulse/Pulsar/es_ES.Pelikan.showTimeline.223414./history).

La colección cuenta además con un frasco de limpiador universal de la marca registrada Universal The Liquid (n.º inv. 5930), fabricado en Chile a principios del siglo XX por O. Glauzer S. y usado para renovar el brillo y conservar el barniz de los muebles. También se conserva un eliminador de olores de la marca registrada Ayrex (n.º inv. 5922), elaborado por Edward Peacock Ltda. posiblemente a principios del siglo XX⁷. No se pudo obtener mayor información respecto de ninguno de los dos, ya que, al igual que muchos otros productos nacionales, fueron elaborados por pequeñas empresas.

Por otra parte, la categoría de «Laboratorio» consta únicamente de dos vasos precipitados elaborados con un vidrio de tipo borosilicatado, resistente a los cambios de temperaturas. Uno es de la reconocida marca Pyrex y tiene grabado el nombre «Isabel» (n.º inv. 5953). Esta marca fue comercializada a partir de 1915 por la empresa Corning Glass Works, luego de que la esposa de Jessie Littleton, uno de los ingenieros de la fábrica, sugiriera hornear alimentos en una base de vidrio resistente al calor que usaba su marido en el laboratorio. A partir de esa idea, Littleton convenció a la empresa del potencial de dicho material para la creación de utensilios de cocina (<https://www.pyrex.es/pages/historia>). El segundo vaso precipitado es de la marca estadounidense



Figura 10. Botella de goma de pegar de la marca alemana Pelikan. Museo de Antofagasta, n.º inv. 5926. Fotografía de Juan Pablo Turén.

⁷ Los productos de limpieza no fueron integrados a la categoría de higiene, pues esta última agrupa únicamente aquellos destinados al cuidado personal. Con todo, el desarrollo de artículos de aseo doméstico puede vincularse al mismo contexto histórico que explica el auge de los productos de higiene personal.

Kimax (n.º inv. 5953). Ambos ejemplares podrían situarse a mediados del siglo XX, considerando que Pyrex comenzó a elaborar productos sanitarios y de laboratorio recién en 1930.

Consideraciones finales

Pese a la gran crisis de 1929, algunas oficinas salitreras del Norte Grande sobrevivieron hasta los años setenta. Su memoria se conserva en los relatos orales de quienes allí habitaron y en el registro material, pues «los objetos de procedencia histórica, independientemente de su ámbito de uso y función, forman parte del legado de nuestro pasado inmediato que también nos permite reconocer nuestros orígenes, construir identidad y reconocernos como grupo» (Henríquez *et al.*, 2013, p. 4).

A través del estudio de las evidencias materiales, la arqueología puede ayudar a recuperar parte de la historia de estas comunidades. En particular, la importancia del presente estudio radica en la posibilidad de caracterizar y contextualizar una colección sin contexto, por medio de la información que los mismos envases presentaban (etiquetas, características formales y funcionales de las botellas) y del cotejo del material gráfico y documental disponible. En función de ellos se determinaron cuatro áreas de consumo, a saber, alimentación, farmacia y medicina, higiene personal y estética, y escritorio-laboratorio, todas ellas con un desarrollo histórico independiente como categoría de uso.

La mayoría de estos productos se sitúan cronológicamente en el ocaso del ciclo salitrero, cuando muchas oficinas estaban cerrando a causa de la paralización de las obras productivas y su población migrando a la ciudad de Antofagasta. Este momento marcó el término del desarrollo hacia fuera. Objetos como la botella de agua Teplitzer Stadtquelle, la de bebida carbonatada Ross Belfast y la de sal efervescente Eno, entre otros productos, son testimonios de este proceso cultural y económico, pues en ese período muchos de los productos que llegaban a las salitreras eran importados. Por el contrario, productos como la colonia Ideal Quimera, la botella medicinal de Calcium Larraze o la de agua oxigenada de Laboratorio Razeto son representativos del desarrollo industrial que comenzó a cobrar fuerza en Chile a fines de la década de 1930.

Al formar parte de un sistema mercantilista, existía una circulación constante de estos productos y muchos podían ser adquiridos a lo largo de todo Chile, como los de la marca Hinds', Laboratorio Chile, Pelikan y Laboratorio Larraze, entre otros. Lo que sí podía variar eran los patrones de consumo

entre regiones. La escasa información disponible sobre restos vítreos en la región de estudio no permite, por el momento, establecer comparaciones significativas, pese a que el norte de Chile, específicamente las salitreras, aún guardan una gran cantidad de envases de este material in situ.

Agradecimientos

Quiero agradecer primeramente a mi familia materna Sierralta-Cayo, que vivió en la oficina Pedro de Valdivia y que desde pequeña me ha contado sus historias y vivencias, entregándome parte de su identidad pampina. Y a todos los funcionarios del Museo de Antofagasta que siempre estuvieron dispuestos a ayudarme con la investigación, especialmente a Nancy Montenegro y Héctor Ardiles Vega.

Referencias

- Aedo, O. (2011). *Las marcas de la historia II: Cien años de aguas minerales, jugos, cervezas y bebidas gaseosas en Chile entre 1850 y 1950*. Santiago: Liberalia.
- Alcaide, G. (1983). Arqueología histórica en una oficina salitrera abandonada. II Región. Antofagasta-Chile. Estudio experimental. *Chungará*, (10), 57-75.
- Amunátegui, M. y Amunátegui, V. (1856). *De la instrucción primaria en Chile: lo que es, lo que debería ser*. Santiago: [s. n].
- Arce, I. (1996). *Narraciones históricas de Antofagasta*. Antofagasta: [s. n.].
- Asociación Chilena de Química y Farmacia. (1936). *Junta Provincial de Tarapacá Convención Farmacéutica del Norte*. Iquique: s. n.
- Badilla, C. (2013). El pasado químico-farmacéutico de la región de Valparaíso. *Revista Chilena de Salud Pública*, (17), 265-274.
- Bagaloni, V. y Pedrotta, V. (2010). Vidrios entre cerros y pircas, estudios sobre los materiales vítreos de las construcciones de piedra del sistema de Tandilia (región pampeana, Argentina). *Canto Rodado*, (5), 9-109.
- Bassa, J. y Fuster, N. (2013). La medicalización del espacio popular en Santiago de Chile (siglos XIX y XX). *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (24), 5-26.
- Brauner, D. (2000). *Approaches to material culture research for historical archaeologist*. Pensilvania: The Society for Historical Archaeology.
- Briceño, C. (1958). *La industria del vidrio en Chile. Memoria para optar al título de ingeniero civil industrial*. (Memoria inédita). Universidad de Chile, Santiago, Chile.

- Carmagnani, M. (1998). *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico: el caso chileno (1860-1920)*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Cortés, C. (2017). *No era oro, pero era un lujo. Los diversos usos del vidrio durante los siglos XIX y XX en el sitio Hospitales (sector Estación Hospitales), en Santiago de Chile*. (Memoria de titulación inédita). Universidad SEK, Santiago, Chile.
- Couyoumdjian, J. (2004). Una bebida moderna: la cerveza en Chile en el siglo XIX. *Historia*, (37), 311-336.
- Cruz-Coke, R. (1995). *Historia de la medicina en Chile*. Santiago: Andrés Bello.
- De la Cruz, J. (2018). *La empresa desde el siglo XX hasta la actualidad. El caso de la rivalidad histórica de Coca-Cola y Pepsi*. (Trabajo de fin de grado). Universidad de Valladolid, Segovia, España. Recuperada de <https://uvadoc.uva.es/bitstream/10324/30358/1/TFG-N.846.pdf>
- De Ramón, A. (1988). Historia del sector industrial en Chile. *Ambiente y Desarrollo*, 4(1-2), 29-44.
- Durán, M. (2012). *Medicalización, higienismo y desarrollo social en Chile y Argentina, 1860-1918*. (Tesis doctoral). Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile. Recuperada de http://repositorio.conicyt.cl/bitstream/handle/10533/181529/DURAN_MANUEL_2579D.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Dussaillant, J. (1993). *Breve historia de los avisos publicitarios en los principales periódicos chilenos 1850-1920*. (Tesis de grado). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile. Recuperada de <http://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0008873.pdf>
- Estadística comercial de la República de Chile correspondiente al año de 1873*. (1874). Imprenta del Mercurio de Tornero y Letelier.
- Frank, A. G. (1993). América Latina al margen del sistema mundial. Historia y presente. *Nueva Sociedad*, (123), 23-34.
- Garcés, E. (1999). *Las ciudades del salitre: un estudio de las oficinas salitreras en la región de Antofagasta*. Santiago: Orígenes.
- García, V. (2005). Una historia transparente. Los vidrios arqueológicos procedentes de las excavaciones en la manzana mercedaria. En H. Chiavazza y V. Zorrilla (eds.), *Arqueología en el predio mercedario de la ciudad de Mendoza* (pp. 295-348). Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.
- Gómez, D., Gómez, C. y Gómez, P. (2010). *La cultura popular de las oficinas salitreras de la región de Antofagasta*. Antofagasta: Fondart.

- González, J. A. (2003). *La pampa salitrera en Antofagasta. Auge y ocaso de una era histórica. La vida cotidiana durante los ciclos Shanks y Guggenheim en el desierto de Atacama*. Antofagasta: Corporación Pro Antofagasta.
- González, S. (2006). *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Biblioteca, Archivos y Museos.
- Guzmán, E. (2003). *Historia de una profesión, Colegio Químico Farmacéutico y Bioquímico de Chile A. G. 60 años 1942-2002*. Santiago: Trineo.
- Guzmán, E. (2008). *Historia de la farmacia en Chile. Colegio Químico Farmacéutico y Bioquímico de Chile*. Santiago: Trineo.
- Henríquez, M., Prado, C., Lazzari, G., Álamos, I y Reyes, V. (2015). *Cerámicas y vidrios, colección Museo Regional de Rancagua. Volumen II*. Santiago: Consejo Nacional de La Cultura y Las Artes.
- Henríquez, M., Reyes, V., Popovic, V. y Álamos, I. (2013). *Cerámicas y vidrios, colección Museo Regional de Rancagua*. Santiago: Consejo Nacional de La Cultura y Las Artes
- Hernández, F. (1998). *Manual de museología* (2a ed.). Madrid: Síntesis.
- Instituto Nacional de Propiedad Industrial (Inapi). (2010). *Historia gráfica de la propiedad industrial en Chile*. Santiago: Pie de Texto.
- Kalazich, F. (2018). Para estudiar la prostitución en las pampas salitreras. Apuntes desde los estudios subalternos y la arqueología industrial. *Revista Chilena Antropología* (37), 131-142.
- Lockhart, B., Schriever, B., Lindsey, B y Serr, C. (s. f.). *Edgar Breffit & Co., Society for Historical Archaeology*. <https://sha.org/bottle/pdffiles/EdgarBreffit&Co.pdf>
- Macuer, H. (1930). *Manual práctico de los trabajos en la Pampa Salitrera 1930*. Valparaíso: Talls. Gráficos Salesianos.
- Marín, S. (1926). *El régimen antialcohólico en las provincias de Tarapacá y Antofagasta: contribución a la semana del salitre*. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- Mondría, R. (1918). *El libro de oro de la mujer: secretos de tocador*. Santiago: Editorial Minerva.
- Murillo, A. (1872). *De la educación física y de la enseñanza de la higiene en los liceos i escuelas de la República*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio.
- Núñez, I. (2008). El sujeto femenino en la pampa salitrera. Una mirada desde los estudios de género. *Diálogo Andino*, (31), 91-100.
- Nurses Associations and Nurses Organisations in New Zealand. (1908). *Kai Tiaki. The Journal of the Nurses of New Zealand*, 1(1), 1-42.

- Oróstegui, A. (1934). *Cómo se vive en la pampa salitrera*. Antofagasta: Imp. Skarnic.
- Orser, C. (2000). *Introducción a la arqueología histórica*. Buenos Aires: Editorial del Tridente.
- Orser, C. (2002). *Encyclopedia of historical archaeology*. Londres: Routledge.
- Palma, G. (1984). Chile 1914-1935: de economía exportadora a sustitutiva de importaciones. *Colección Estudios Cieplan*, (12), 61-88.
- Pereira, E. (1977). *Apuntes para la historia de la cocina chilena*. Santiago: Universitaria.
- Recabarren, J. (2002). *Episodios de la vida regional*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Rees, C., Silva, C. y Vilches, F. (2010). Haciendo visible lo invisible: asentamientos salitreros en la periferia del cantón El Toco, II Región. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (947-956).
- Rojas, J. (1996). *Los niños cristaleros: Trabajo infantil de la industria*. Chile, 1880-1950. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Sánchez, R. (2013). Las clases, las comidas y los banquetes en la sociedad salitrera. En S. González (ed.), *Sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos, 1870-1940* (pp. 301-320). Santiago: RIL Editores.
- Sironi, O. (2009). Los diversos usos del vidrio en un emplazamiento minero de la precordillera (provincia de Mendoza). *Cuadernos de Antropología*, (5), 189-220.
- Sironi, O. (2017). Estudio arqueohistórico del registro vítreo en sitios mineros (Mendoza, Argentina). *Arqueología Iberoamericana*, (34), 3-8.
- Sironi, O., Chiavazza, H. y García, V. (2011). El registro vítreo del matadero público de Mendoza (1877-1927). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, (5), 95-124.
- Schávelzon, D. (1998). Notas acerca del vidrio colonial en el Río de la Plata (siglos XVI al XVIII). En *Conferencia inaugural de la jornada el vidrio en la arqueología y la historia*. Centro Cultural Rigolleau Berazategui, Buenos Aires, Argentina.
- Schávelzon, D. (2004). Arqueología urbana en Buenos Aires: Ciudad oculta. *Encrucijadas*, (25), 1-8.
- Schávelzon, D., Frazzi, P. y Girelli, F. (2015). Aportes al estudio del vidrio plano en la arqueología (observaciones en Casa Alfaro, San Isidro, en el siglo XIX). *Urbanía*, (4), 91-110.
- Schiffer, M. (1990). Contexto arqueológico y contexto sistémico. *Boletín de Antropología Americana*, (22), 81-93.

- Traba, A. (2012). Sobre la diversidad de los materiales vítreos en el registro arqueológico urbano. El caso del «Sanatorium Flores». En A. Traba (ed.), *El vidrio en arqueología histórica. Casos de estudio en Argentina* (pp. 109-135). Buenos Aires: Editorial Académica Española.
- Traba, A. (2013). *Uso y producción de contenedores vítreos en Buenos Aires (1873-1930), prácticas urbanas de consumo durante la consolidación del sistema mundial*. (Tesis de licenciatura). Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Traba, A. y Coloca, F. (2011). El cristal con que se mira. Comparando dos contextos arqueológicos urbanos a través del material vítreo. *Cuba Arqueológica*, 4(2), 46-53.
- Vera, P. (1997). *Historia económica de Chile 1918-1939. Una introducción*. Sevilla: Diputación de Sevilla.
- Vicenti, A. (2007). Perspectivas sobre la arqueología industrial. *Arqueoweb*, (9), 1-49.
- Vilches, F., Rees, C. y Silva, C. (2008). Arqueología de asentamientos salitreros en la región de Antofagasta (1880-1930): Síntesis y perspectiva. *Chungará*, 40(1), 19-30. <https://doi.org/10.4067/s0717-73562008000100003>
- Vilches, F., Rees, C. y Silva, C. (2012). Los subcontratistas de la pampa: Asentamientos salitreros en el cantón Central, Región de Antofagasta (1880-1938). En *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 111-120. <https://doi.org/10.4067/s0717-73562008000100003>
- Vilches, F., Rees, C., Silva, C., Rovano, F. y Aranedá, Y. (2013). La arqueología del salitre: reflexiones desde la materialidad en el cantón Central, Región de Antofagasta. En S. González (ed.), *Sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos, 1870-1940* (pp. 527-549). Santiago: RIL Editores.
- Vos, B. (1999). *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Wallerstein, I. (2005). *Análisis de sistemas mundo, una introducción*. (C. Schroeder, trad.). México: Siglo XXI editores.